



EL TORNILLO EN EL TOBILLO DE CINDER ESTABA OXIDADO; LAS MUESCAS

en forma de cruz se habían gastado hasta formar un círculo hundido e irregular. Le dolían los dedos de tanto hacer fuerza en la articulación mientras trataba de quitar el tornillo, una chirriante vuelta tras otra. Para cuando lo aflojó lo suficiente como para terminar de desenroscarlo con su mano de acero, las muescas, finas como cabellos, habían desaparecido.

Arrojando el destornillador sobre la mesa, Cinder se sujetó el talón y sacó el pie del alveolo. Una chispa de electricidad saltó a sus dedos y respingó, dejando el pie colgado de un manojito de cables rojos y amarillos.

Se recargó en el respaldo con un gruñido de alivio. Una sensación de libertad recorrió el extremo de esos cables: *libertad*. Había soportado aquel pie demasiado pequeño durante cuatro años, y se juró nunca volver a ponerse ese pedazo de basura. Solo esperaba que Iko regresara pronto con el reemplazo.

Cinder era la única mecánica a tiempo completo en el mercado semanal de Nueva Beijing. Sin un letrero, el negocio evidenciaba su

oficio solo por los anaqueles llenos de partes de androides, repuestos que abarrotaban las paredes. La caseta estaba apretujada en un hueco sombrío entre un comerciante de pantallas usadas y un mercader de seda; los dos se quejaban frecuentemente del desagradable olor a metal y grasa proveniente de la caseta de Cinder, aunque por lo general esto se disfrazaba con el aroma de los panecillos de miel provenientes de la panadería, al otro lado de la plaza. La chica sabía que, en verdad, a ningún comerciante le gustaba estar cerca de ella.

Un mantel muy manchado la separaba de los curiosos que pasaban por ahí. La plaza estaba llena de compradores y vendedores ambulantes, niños y ruido. Los argumentos de los hombres que regateaban con dependientes robóticos en las tiendas, tratando de convencer a las computadoras de que redujeran el margen de utilidad que deseaban. El murmullo de los escáneres de identidad y la monótona voz de los receptores mientras el dinero cambiaba de cuenta. Las pantallas que cubrían todos los edificios y llenaban el aire con un barullo de anuncios, reportes informativos y chismes.

La interfaz auditiva de Cinder reducía el ruido a un tamborileo vibrante. Pero hoy una melodía sobresalía del resto y ella no lograba ahogarla. Una ronda de niños se hallaba justo ante su caseta gritando: “cenizas, cenizas, todos caeremos”. Luego comenzaron a reír a carcajadas mientras se dejaban caer sobre el pavimento.

Una sonrisa asomó a los labios de Cinder, no tanto por la canción infantil, cuya letra fantasmal hablaba de la peste y la muerte, y que había recobrado popularidad en la década pasada. La canción en sí misma la disgustaba. Pero le encantaban las miradas de los transeúntes cuando los niños risueños entorpecían sus pasos. El inconveniente de tener que rodear los cuerpos que se retorcían arrancaba gruñidos a los compradores, y ella adoraba a los pequeños por eso.

—¡Sunto! ¡Sunto!

Su diversión se acabó. Divisó a Chang Sacha, la panadera, que venía abriéndose paso entre la multitud con su delantal cubierto de harina.

—Sunto, ¡ven acá! Te dije que no juegues tan cerca de...

La mirada de Sacha se topó con la de Cinder; apretó los labios y luego sujetó a su hijo por el brazo y se alejó. El chico chillaba, arrastrando los pies, mientras Sacha le ordenaba que permaneciera cerca de su tienda. Cinder arrugó la nariz mientras la panadera regresaba a su puesto. Los niños que quedaban se dispersaron entre la multitud, llevándose sus risas cristalinas con ellos.

—No es que los cables sean contagiosos —murmuró Cinder en su caseta vacía.

Con un estiramiento que hizo que su espalda crujiera, se pasó los dedos sucios por el cabello, peinándolo en una coleta desaliñada; luego tomó sus renegridos guantes de trabajo. Se cubrió primero la mano de acero y, aunque su palma derecha comenzó a sudar de inmediato dentro del grueso material, se sintió más cómoda con los guantes, que ocultaban el cromado de su mano izquierda. Estiró los dedos en el interior, masajeando el calambre que empezaba a surgir en la base carnosa de su pulgar por haber sujetado con tanta fuerza el destornillador, y dirigió de nuevo una mueca hacia la plaza de la ciudad. Divisó bastantes androides blancuzcos y fornidos en el barullo, pero ninguno de ellos era Iko.

Con un suspiro, se inclinó sobre la caja de herramientas, debajo de la mesa. Luego de escarbar entre el desorden de desarmadores y pinzas, se incorporó con la llave de fusibles que había permanecido largo tiempo enterrada en el fondo. Uno por uno, desconectó los cables que todavía unían el pie con su tobillo, y cada uno arrojó una pequeña chispa. No podía sentir las a través de los guantes, pero su retina le informó solícita de lo que estaba ocurriendo con un texto rojo

que parpadeaba, mientras le advertía que se estaba interrumpiendo la conexión con la extremidad.

Al dar un tirón al último cable, su pie cayó con estrépito sobre el concreto.

La diferencia fue instantánea. Por una vez en su vida se sintió... ligera.

Hizo espacio para el pie en la mesa, acomodándolo como una reliquia entre pinzas y tuercas, antes de inclinarse de nuevo sobre su tobillo y limpiar la suciedad del alveolo con un trapo viejo.

TUC.

Cinder se sobresaltó y se golpeó la cabeza con la parte inferior de la mesada. Se asomó por detrás del escritorio y su mirada cayó primero en el androide sin vida que permanecía sentado en su mesa de trabajo, y luego en el hombre que estaba detrás de él. Se topó con unos ojos perplejos, café y cobrizos, un cabello negro que descendía más abajo de sus orejas y unos labios que cualquier chica de la nación habría admirado mil veces.

Su mueca desapareció. También el gesto de sorpresa de él se transformó en una disculpa.

—Lo siento —dijo—. No me di cuenta de que había alguien allá atrás.

Cinder apenas alcanzó a escucharlo por encima del vacío de su mente. Con su ritmo cardíaco ganando velocidad, el despliegue de su retina escaneó sus rasgos, tan familiares luego de años de observarlo en las pantallas en red. Se veía más alto en la vida real, y el abrigo gris con capucha no se parecía a las finas ropas con las que por lo general se presentaba. El escáner de Cinder tardó solo 2,6 segundos en tomar las medidas del rostro y vincular su imagen con la base de datos de la red. Un segundo después, el despliegue le informó lo que ella ya sabía: detalles desplegados debajo de su campo visual en un torrente de texto verde.

**KAITO, PRÍNCIPE REINANTE DE LA COMUNIDAD ORIENTAL
ID #0082719057
NACIDO EL 7 DE ABRIL DE 108 T.E.
FF 88.987 HITS EN LOS MEDIOS, CRONOL. INVERTIDA.
POSTEADO EL 14 DE AGOSTO DE 126 T.E. :
EL PRÍNCIPE CORONADO KAI OFRECERÁ UNA CONFERENCIA
DE PRENSA EL 15 DE AGO. PARA DISCUTIR
LA INVESTIGACIÓN EN MARCHA SOBRE LA LETUMOSIS
Y LAS POSIBILIDADES DE UN ANTÍDOTO.**

Cinder saltó de su asiento y casi cae, al olvidarse de su extremidad faltante. Equilibrándose con ambas manos sobre la mesa, se las arregló para hacer una reverencia extraña. El desplegado de la retina quedó oculto a su vista.

–S-Su Alteza –tartamudeó con la cabeza baja, contenta de que no pudiera ver su tobillo vacío debajo del mantel.

El príncipe se sobresaltó y echó una mirada por encima de su hombro antes de inclinarse hacia ella.

–Quizás, hummm... –colocó su índice sobre sus labios– ¿tal vez podrías, ese asunto de la Alteza?

Con los ojos muy abiertos, Cinder intentó asentir nerviosamente.

–Correcto. Por supuesto. ¿Cómo... Puedo... Está usted...?

Tragó saliva; las palabras se le pegaban a la lengua como si estuvieran pastosas.

–Estoy buscando a Linh Cinder –dijo el príncipe–. ¿Está por aquí?

Se atrevió a despegar una mano estabilizadora de la mesa, utilizándola para llevar el puño de su guante más arriba, sobre su muñeca. Clavando los ojos en el pecho del príncipe, balbuceó:

–Y-yo soy Linh Cinder.

Con la mirada siguió su mano mientras la plantaba sobre la bulbosa cabeza del androide.

–¿Tú eres Linh Cinder?

–Sí, Su Alt... –se mordió el labio.

–¿La mecánica?

Asintió.

–¿En qué puedo ayudarlo?

En vez de responder, el príncipe se inclinó, estirando el cuello de manera que ella no tuvo más alternativa que mirarlo a los ojos, y le sonrió. Su corazón dio un salto.

El príncipe se enderezó, obligándola a seguirlo con la mirada.

–No eres lo que esperaba.

–Bueno, usted difícilmente... Lo que yo... Hummm.

Incapaz de sostenerlo con sus ojos, Cinder tomó el androide y lo atrajo hacia ella, sobre la mesa.

–¿Qué le pasa a su androide, Su Alteza?

Se veía como si acabara de salir de la línea de ensamblaje, pero por su figura, que emulaba la femenina, Cinder sabía que se trataba de un modelo discontinuado. El diseño era estilizado y tenía una cabeza esférica sobre un cuerpo en forma de pera y un acabado blanco brillante.

–No puedo encenderla –dijo el príncipe Kai, observándola mientras examinaba el robot–. Un día estaba trabajando bien, y al siguiente, nada.

Cinder dio vuelta la androide, de modo que la luz de su sensor quedó orientada hacia el príncipe. Se alegraba de que sus manos estuvieran ocupadas en tareas de rutina y que su boca también tuviera preguntas de rutina; era algo en lo cual concentrarse, y la ayudaba a no ponerse nerviosa ni perder el control de la red de conexión de su cerebro.

—¿Ha tenido problemas con ella antes?

—No. Recibe un chequeo mensual de los mecánicos del palacio, y este es el primer desperfecto serio que ha tenido.

Inclinándose hacia adelante, el príncipe Kai tomó de la mesa de trabajo el pequeño pie de metal de Cinder, haciéndolo girar en sus manos mientras lo miraba con curiosidad. Ella se puso tensa, observando cómo él echaba un vistazo a la cavidad llena de cables y juguetaba con las articulaciones flexibles de los dedos. Utilizó la manga demasiado larga de su chaqueta para limpiar una mancha.

—¿No tiene usted calor? —dijo Cinder, arrepintiéndose al instante de haber abierto la boca cuando su atención volvió a concentrarse en ella.

Por un segundo, el príncipe casi pareció avergonzado.

—Un calor horrible —dijo—, pero estoy tratando de pasar inadvertido.

Cinder pensó en decirle que no estaba funcionando, pero reflexionó. La ausencia de un coro de chicas lanzando gritos alrededor de su caseta probablemente era la prueba de que estaba funcionando mejor de lo que ella creía. En lugar de verse como un rompecorazones de sangre azul, parecía simplemente un chiflado.

Aclarándose la garganta, volvió a concentrarse en la androide. Encontró el pestillo, casi invisible, y abrió el panel trasero.

—¿Por qué los mecánicos del palacio no la repararon?

—Intentaron, pero no supieron cómo. Alguien sugirió que la trajera contigo —dejó el pie en la mesa y trasladó su atención hacia las repisas llenas de piezas viejas y maltratadas, refacciones de androides, planeadores, pantallas y dispositivos diversos. Partes de cyborgs—. Dijeron que eres la mejor mecánica en Nueva Beijing. Esperaba encontrar a un anciano.

—¿Eso dijeron? —murmuró.

No era el primero que se mostraba sorprendido. La mayoría de sus clientes no podía entender cómo era posible que una adolescente resultara ser la mejor mecánica de la ciudad, y ella nunca había difundido la razón de su talento. Mientras menos personas supieran que era una cyborg, mejor. Estaba segura de que enloquecería si todos los comerciantes del mercado la miraran con el mismo desdén con que lo hacía Chang Sacha.

Empujó algunos de los cables de la androide a un lado con su dedo meñique.

–En ocasiones simplemente se desgastan. Quizás es hora de actualizarse y adquirir un nuevo modelo.

–Me temo que no puedo hacer eso. Ella contiene información confidencial. Es un asunto de seguridad nacional que yo la recupere... antes de que cualquier otro lo haga.

Con los dedos inmóviles, Cinder alzó la vista y lo miró.

Él le sostuvo la mirada por tres segundos completos antes de que sus labios esbozaran una mueca.

–Solo estoy bromeando. Nainsi fue mi primer androide. Tiene un valor sentimental.

Una luz anaranjada parpadeó en un extremo del campo de visión de Cinder. Su sistema optobiónico había detectado algo, aunque no sabía bien qué: un movimiento extra al tragar saliva, un parpadeo demasiado rápido, la mandíbula apretada del príncipe.

Estaba acostumbrada a la pequeña lucecita anaranjada. Aparecía todo el tiempo.

Quería decir que alguien estaba mintiendo.

–Seguridad Nacional –dijo Cinder–. Qué gracioso.

El príncipe enderezó la cabeza, como desafiándola a contradecirlo. Un mechón de cabello negro cayó sobre sus ojos. Cinder apartó la mirada.

–Modelo Tutor 8.6 –dijo, leyendo el panel débilmente iluminado dentro del cráneo de plástico. Tenía casi veinte años de antigüedad. Bastante vieja para ser androide–. Parece estar en perfectas condiciones.

Levantando su puño, le dio un fuerte golpe a un lado de la cabeza, y apenas alcanzó a atraparla antes de que se derrumbara sobre la mesa. El príncipe pegó un salto.

Cinder colocó la androide a lo largo, sobre su espalda, y presionó el botón de encendido, pero no sucedió nada.

–Se sorprendería si supiera con qué frecuencia funciona.

El príncipe dejó escapar una corta risita.

–¿Estás segura de que eres Linh Cinder, la mecánica?

–¡Cinder! ¡Lo tengo! –Iko salió rodando de entre la multitud y llegó hasta la mesa de trabajo, con su sensor azul parpadeando. Levantando una mano dual, colocó con fuerza un nuevo pie de acero cromado sobre el escritorio, en la sombra de la androide del príncipe–. Es un gran avance con respecto al viejo, solo está un poco usado, y el cableado parece compatible. Además, logré que el comerciante se bajara a solo 600 univs.

Cinder sintió pánico.

Equilibrándose todavía sobre su pierna humana, arrebató el pie de la mesa y lo arrojó a sus espaldas.

–Buen trabajo, Iko. Nguyen-shifu estará encantada de tener un pie de repuesto para su androide-escolta.

El sensor de Iko redujo su brillo.

–¿Nguyen-shifu? No computo.

Sonriendo con los dientes apretados, Cinder hizo un ademán hacia el príncipe.

–Iko, por favor presenta tus respetos a nuestro cliente –bajó la voz–, su Alteza Imperial.

Iko estiró la cabeza, acercando el sensor redondo al príncipe, que le sacaba casi un metro de estatura. La luz parpadeó cuando su escáner lo reconoció.

–Príncipe Kai –dijo, y su voz metálica sonó chillona–. Es usted todavía más guapo en persona.

El estómago de Cinder se encogió de vergüenza, aunque el príncipe soltó una carcajada.

–Basta, Iko. Entra en la tienda.

Iko obedeció, haciendo a un lado el mantel y metiéndose debajo de la mesa.

–No se ve una personalidad como esa todos los días –dijo el príncipe, recargándose en el marco de la puerta como si estuviera acostumbrado a traer androides al mercado todo el tiempo–. ¿Tú misma la programaste?

–Créalo o no, ya venía así. Sospecho que se trata de un error de programación, y que probablemente por eso mi madrastra la consiguió tan barata.

–¡No tengo un error de programación! –dijo Iko detrás de ella.

Cinder se topó con la mirada del príncipe, quedó momentáneamente sorprendida ante otra de sus carcajadas y volvió a ocultar la cabeza detrás de la androide.

–Entonces, ¿qué crees que le pasa? –preguntó.

–Necesitaré hacerle una prueba de diagnóstico. Me tomará unos cuantos días, quizás una semana.

Acomodando un mechón de cabello detrás de su oreja, Cinder tomó asiento, agradecida de darle un descanso a su pierna mientras examinaba las entrañas de la androide. Sabía que debía estar rompiendo alguna regla de etiqueta, pero al príncipe no parecía importarle mientras se inclinaba hacia ella, observando sus manos.

–¿Necesitas que te pague por adelantado?

Le extendió su muñeca izquierda, con su chip de identidad incrustado, pero Cinder agitó una mano enguantada al verlo.

–No, gracias. Será un honor.

El príncipe Kai parecía estar a punto de protestar, pero dejó caer la mano.

–Supongo que no hay ninguna esperanza de que esté lista antes del festival, ¿verdad?

Cinder cerró el panel de la androide.

–No creo que haya problema. Pero sin saber qué es lo que está fallando...

–Lo sé, lo sé –se balanceó sobre sus talones–. Tenía la esperanza.

–¿Cómo me pondré en contacto con usted cuando esté lista?

–Manda un mensaje al palacio. ¿O estarás aquí el próximo fin de semana? Podría darme una vuelta.

–¡Claro que sí! –dijo Iko desde el fondo de la caseta–. Estamos aquí todos los días de mercado. Debería venir nuevamente. Sería encantador.

Cinder se sobresaltó

–No es necesario que...

–Será un placer –inclinó la cabeza a modo de despedida formal, mientras tiraba de la orilla de la capucha para cubrir más su rostro. Cinder le devolvió el gesto, sabiendo que debería haberse puesto de pie y hecho una reverencia, pero no se atrevió a poner a prueba su equilibrio nuevamente.

Esperó hasta que su sombra desapareció de la mesa antes de echar un vistazo a la plaza. La presencia del príncipe entre la multitud apresurada parecía haber pasado inadvertida.

Cinder dejó que sus músculos se relajaran.

Iko rodó hasta colocarse a su lado, uniendo sus tenazas de metal sobre su pecho.

–¡El príncipe Kai! Revisa mi ventilador, creo que me estoy sobrecalentando.

Cinder se agachó y recogió su pie de repuesto, frotándolo en su pantalón tipo cargo para quitarle el polvo. Revisó el cromado y pareció contenta de que no estuviera abollado.

–¿Puedes imaginarte la cara de Peony cuando le cuente esto? –dijo Iko.

–Puedo imaginarme un montón de gritos agudos –Cinder se permitió un nuevo escaneo desconfiado de la muchedumbre antes de que el primer cosquilleo de vértigo se extendiera en su interior. No podía esperar a contarle a Peony. ¡El príncipe en persona! Se le escapó una repentina carcajada. Había sido extraño. Era increíble. Era...

–Oh, querida...

La sonrisa de Cinder se apagó.

–¿Qué?

Iko señaló su frente con sus dos dedos.

–Tienes una mancha de grasa.

Cinder retrocedió y se frotó la ceja.

–Estás bromeando.

–Estoy segura de que casi no debe haberlo notado.

Cinder dejó caer su mano.

–¿Y qué importa? Vamos, ayúdame a ponerme esto antes de que cualquier otro miembro de la casa real aparezca por aquí.

Apoyó su tobillo sobre la rodilla opuesta y comenzó a conectar los cables de colores coordinados, preguntándose si había logrado engañar al príncipe.

–Como un guante, ¿verdad? –dijo Iko, sosteniendo un puñado de tornillos mientras Cinder los iba colocando en los huecos correspondientes.

–Está muy bonito, Iko, gracias. Solo espero que Adri no se dé cuenta. Me asesinará si sabe que gasté 600 univs en un pie –terminó de apretar el último tornillo y estiró la pierna al frente, haciendo girar el tobillo en ambos sentidos y agitando los dedos del pie. Se sentía un poco rígido, y los sensores nerviosos necesitarían unos cuantos días para ajustarse a la actualización del cableado, pero al menos ya no tendría que andar por ahí renqueando fuera de balance.

”Es perfecto –dijo, poniéndose la bota. Vio de reojo su antiguo pie entre las tenazas de Iko–; ya puedes deshacerte de ese pedazo de chatar...

Un grito resonó en los oídos de Cinder. Se encogió mientras la intensidad del sonido ascendía en su interfaz de audio, y se volvió hacia el origen. El mercado guardó silencio. Los niños, que habían optado por jugar al escondite entre las casetas apiñadas, salieron de donde estaban ocultos.

El grito provenía de la panadera, Chang Sacha. Desconcertada, Cinder se puso de pie y se paró sobre la silla para mirar por encima de la multitud. Alcanzó a ver a Sacha en su caseta, detrás del aparador de vidrio del pan dulce y los bollos de carne de cerdo, mirando boquiabierta sus manos extendidas.

Cinder se tapó la nariz con la mano en el mismo instante en que una ola de entendimiento recorrió el resto de la plaza.

–¡La peste! –gritó alguien–. ¡Tiene la peste!

La calle se llenó de pánico. Las madres recogieron a sus hijos, tapándoles la cara con manos desesperadas mientras se arremolinaban para alejarse de la caseta de Sacha. Los comerciantes bajaron con estruendo las cortinas metálicas de sus tiendas.

Sunto gritó y corrió hacia su madre, pero ella lo detuvo con un gesto de las manos. *No, no te acerques.* Un comerciante vecino detuvo

al niño y se lo puso bajo el brazo mientras echaba a correr. Sacha le gritó algo, pero las palabras se perdieron en el estruendo.

A Cinder le dio un vuelco el estómago. Ellas no podían correr, pues Iko podía resultar arrollada en el caos. Aguantando la respiración, desamarró la cuerda en una esquina de la caseta y de un tirón la puerta metálica bajó por sus rieles. La oscuridad las envolvió, con excepción de un solo fragmento de luz diurna a lo largo del suelo. El calor ascendió del piso de concreto, volviendo agobiante el ambiente en la caseta abarrotada.

–¿Cinder? –dijo Iko; había preocupación en su voz robótica. Intensificó el brillo de su sensor, bañando el lugar en luz azul.

–No te preocupes –respondió, bajándose de la silla y tomando el trapo cubierto de grasa de la mesa. Los gritos ya empezaban a apagarse, transformando la caseta en su propio universo vacío—. Ella está al otro lado de la plaza. Estamos bien aquí.

Pero de todas maneras retrocedió hasta la pared de los anaqueles, se agachó y se cubrió la nariz y la boca con el trapo.

Permanecieron allí. Cinder respiraba tan superficialmente como podía; hasta que escucharon las sirenas de emergencia llegar y luego irse, llevándose a Sacha.